

Cómo criar hijos felices

He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre. Salmo 127:3

Tomado de un artículo de mi cofre de archivos,

por Roderic C. Meredith

Quizá todos alguna vez hemos visto a una joven madre que lucha con su hijo que hace pataletas; ella está emocionalmente agotada y al borde de las lágrimas. Razona con el niño que no entra en razón; al fin se da por vencida y le promete caramelos «si se porta bien».

Para el niño parece haber sido un deleite hacer pasar malos ratos a su madre. El padre está ocupado en su trabajo y deja a la madre tratar este problema. ¿Qué deben hacer los padres para que su familia sea decente, feliz y equilibrada?

La necesidad de un plan

Para muchos padres el problema es que no tienen un plan o programa para la educación de su familia; no tiene un programa al cual ceñirse. Ese programa debe modificarse y mejorarse con el tiempo y la experiencia.

En este artículo el autor expondrá muchos de los principios que ha aprendido no sólo por medio de la lectura sino observando y obrando, como padre de hijos sanos y alegres, tres de ellos ya casados, y como profesor y consejero de jóvenes por más de treinta años.

La expresión de amor y cariño

Hace años *Selecciones* publicó un artículo muy conmovedor acerca del poder del amor humano. Describía que la profesión médica había descubierto que los bebés y los niños pequeños necesitan cariño, besos, abrazos y ternura para poder crecer y desarrollarse normalmente.

Desde entonces se han hecho muchos estudios y se han publicado infinidad de artículos que confirman esta verdad fundamental. El poder del amor humano es algo asombroso. Su efecto sobre las personas es tan importante como el alimento y la ropa, la luz solar y el aire puro.

Los bebés y los niños tienen que recibir afecto y ánimo constante a fin de desarrollar confianza en el sentido de su propio valor, y para que tengan ellos también la capacidad de sentir y expresar afecto. Aunque esto parezca obvio para algunos, es uno



El poder del amor humano es algo asombroso. Su efecto sobre las personas es tan importante como el alimento y la ropa, la luz solar y el aire puro.

de los campos que, lamentablemente, muchísimos pasan por alto en la crianza de sus hijos.

Como padres tenemos que aprender a abrazar a nuestros hijos; debemos besarlos y mimarlos, no solamente cuando son bebés sino durante toda su infancia. El hábito de tocar y abrazar, de expresar cariño a nuestros hijos por medios físicos, es algo que no debemos olvidar. Lamentablemente, muchos padres son incapaces de mostrar afecto de esta forma; se les ha enseñado a ser reservados y silenciosos con los hijos.

Por ejemplo, en el mundo anglosajón se les enseña a los varones que no es correcto que un hombre bese y abrace a sus niños pequeños, especialmente si son varones. En cambio, millones de padres en el Medio Oriente y en América Latina besan y abrazan a sus hijos aún cuando éstos son adultos.

Padres, aprendan a abrazar y besar a sus hijos pequeños frecuentemente. Tómenlos en sus brazos al llegar del trabajo. Jueguen con ellos; siéntenlos en su regazo y léanles cuentos; luego abrácenlos y bésenlos de nuevo al acostarlos. Díganles: «Papá te quiere. Mamá y yo nos sentimos felices de tener un hijo como tú.»

Con este amor y ánimo los pequeños florecerán como bellas plantas ante nuestros ojos, porque el amor y la seguridad que les damos así los nutre como el alimento físico.

Al hacer todo esto formaremos un vínculo profundo de cariño y confianza, y así será mucho más fácil

que nuestros hijos respondan a nuestra enseñanza y aún a la corrección que les damos. He visto en mi propia familia cómo este vínculo permanece aún después que los hijos se han casado y han formado su propio hogar.

Nuestros hijos necesitan saber siempre que los amamos y que los ayudaremos en cualquier circunstancia. Podemos mostrar desaprobarción y aún corregirlos fuertemente por sus errores; pero esto no cambia el amor que sentimos por ellos.

Si el niño sabe esto fortalecerá su sentido de estima propia, su confianza, y la seguridad de su propio valor. Luego podrá responder a los problemas perturbadores de la vida con verdadera fortaleza. Además podrá dar amor, seguridad y comprensión a otros porque ya él los ha recibido.

La enseñanza de buenos hábitos

Un aficionado a los caballos dedica horas enteras a enseñarle distintos pasos y proezas a su caballo. ¿Ha notado usted la autodisciplina y la paciencia que muestran los aficionados a los animales cuando trabajan con un caballo, un perro de cacería o un perro de exposición?

¿Cuánto tiempo dedicamos a nuestros hijos, a los seres humanos que hemos engendrado y que serán los adultos de mañana?

El niño, al contrario del animal, no sabe nada al nacer. Un ternero nace con la fuerza y el instinto necesarios para ponerse en pie y buscar alimento. Pero el niño, sin ayuda, podría yacer a un metro del seno materno y ¡morir de hambre! A los seres humanos hay que enseñarles todo.

Al niño se le enseña a comer y más tarde hay que decirle cuáles alimentos debe consumir y por qué. Un niño tiene que aprender a sentarse, a caminar, y a hablar; tiene que aprender a vestirse y a arreglarse; tiene que aprender también a mostrar interés y cortesía, incluso a sus propios padres.

Sin este tipo de crianza un niño sólo «crecerá», pero no estará correctamente educado. Y quizá nunca tendrá la comprensión, la cultura y la capacidad que necesita para ser un individuo de éxito y un líder en el mundo de los adultos.

La enseñanza con constancia

Para que nuestros hijos tengan éxito en el futuro es absolutamente imprescindible que les enseñemos y eduquemos con constancia ahora. Desde la primera infancia hay que inculcarles el hábito de la obediencia. El pequeño que empieza a andar puede aprender a obedecer órdenes como: «ven aquí», «siéntate allí», «tráele a mamá ese juguete».

Cuando tenga tres o cuatro años se le puede dar pequeñas tareas. Hay que enseñarle a que siem-



pre guarde sus juguetes cuando haya terminado de usarlos, que cuelgue la toalla luego de usarla, y que se lave las manos antes de comer.

¿Ha pensado que si Juanito no aprende a obedecer instrucciones correrá grandes peligros en su vida? Para su propia protección el niño tiene que aprender a obedecer. Son muchas las situaciones peligrosas en que esto significaría la diferencia entre la vida y la muerte.

Cuando el niño esté más crecido, quizás a la edad de 10 ó 12 años, tendrá que enterarse del porqué de las instrucciones, las razones por las que se le está educando en cierta forma.

Desde los primeros años, hay que inculcar en el niño una actitud correcta. Se debe enseñarle la importancia de responder a los deseos de los padres y obedecer el quinto mandamiento de honrar a sus padres.

Hay que enseñar a los hijos la importancia de la honradez, la cortesía y la gentileza. Se debe enseñarles a respetar la ley y los derechos ajenos; y enseñarles a amar a Dios, a sus padres y al prójimo.

Es sumamente importante que inculquemos estos principios y actitudes desde los primeros años, ya que forman la base sobre la cual se desarrollarán el carácter y la actitud hacia la vida.

Enseñémosle al niño a controlar sus emociones, a ser emocionalmente estable, y a desarrollar una actitud positiva. No hay que ceder jamás ante una pataleta. Las pataletas y las malas actitudes exigen corrección inmediata.

Corrección y disciplina

La sociedad moderna, confundida y perdida, está segando los frutos de su falta de disciplina. La juventud descontrolada y rebelde está haciendo estragos en muchas ciudades, escuelas y hogares. Esto se debe en gran parte a que el hombre moderno, engañado, piensa que en la crianza de los hijos tiene que escoger entre amor y disciplina. Esta es una necesidad que trae consecuencias trágicas.

En realidad, la manera correcta de educar a los hijos es con amor y con disciplina a la vez, porque en lugar de ser dos extremos opuestos, son aspectos de la crianza que van de la mano y se complementan.

Si el niño suele salir corriendo a la calle, burlándose de sus padres porque éstos no pueden, o no quieren, darle unas palmadas para quitarle una costumbre necia, el resultado puede ser que pierda la vida en un accidente trágico. ¡Y todos los sociólogos y psicólogos del mundo no podrán resucitarlo!

Pero si los padres, con paciencia y amor, corrigen a sus hijos cuando cometen un acto peligroso como éste, le dan la mayor muestra de amor posible.

Las Sagradas Escrituras dicen:

«La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él», y también:

«La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre» (Proverbios 22:15 y 29:15).

El castigo necesario

El padre que de veras ama a su hijo lo castigará cuando sea necesario, en aquella parte acolchada del cuerpo que el Creador ha provisto. Al hacerlo demostrará su profundo interés y deseo de bienestar para él.

No se trata de maltratar a un niño. ¡Nunca un adulto debe perder los estribos y golpear a su hijo con ira! No hay que hacerle daño. No hay que dejarse llevar por la rabia, ni golpearlo en la cabeza, ni cerca de algún órgano vital. Pero sí hay que darle palmadas lo bastante fuertes para que llore sinceramente y lamente haberse portado mal.

Luego, cuando pase lo peor del llanto, el padre o la madre debe tomarlo en los brazos con mucho amor y decirle que lo quiere, que tuvo que castigarlo para que sea un niño bueno, y que espera que aprenda a obrar mejor para que llegue a ser una persona recta.

Para entonces, un niño normal abrazará a su padre o a su madre, porque comprende que necesitaba ese castigo, y se sentirá más seguro que antes, gracias al amor sincero de quien administró el castigo. Con esta clase de disciplina se rompe una barrera emocional entre el niño y su padre o su madre.

Luego de unas palmadas administradas con amor, el niño puede responder mejor a sus padres; les tendrá confianza más profunda. Después de algunos meses de recibir esta clase de disciplina, el niño aprenderá por experiencia que cuando sus tenciones emotivas y su impulso voluntarioso lo llevan a rebelarse, recibirá un castigo.



El niño ve que el castigo se administra con amor y por su propio bien; que las tenciones acumuladas en él se descargaron con el castigo y el llanto. El padre y el hijo se sienten más unidos emocionalmente después de compartir esta íntima experiencia de ayudar al pequeño a controlarse y a madurar.

Cuando este niño llegue a la pubertad y la adolescencia, esta clase de castigo será cada vez menos frecuente. Es así porque el niño aprende muy pronto que los padres son quienes llevan el mando y que habrá disciplina para bien cuando éste presente actitudes incorrectas o comportamiento rebelde e irrespetuoso.

El joven puede estar seguro de ello y del interés que sus padres tienen por su bien. Físicamente, mentalmente y emocionalmente será un individuo más decente, más confiado, y más equilibrado, porque sus padres hicieron el esfuerzo de criarlo con verdadera sabiduría, comprensión y amor.

Los hijos siguen nuestros pasos

Cierto hombre ebrio que iba caminando en la nieve, oyó a alguien tras de sí; giró y vio a su hijo de diez años que lo seguía.

—¿Qué haces, hijo? —le preguntó el hombre.

—Estoy siguiendo tus pasos —le respondió el hijo.

¿Qué podemos decir nosotros? ¿Es realmente conveniente que nuestros hijos sigan nuestros pasos? ¿Les conviene reflejar nuestras actitudes hacia el prójimo, hacia el trabajo, hacia la nación y sus funcionarios, y hacia nuestro Dios? ¿Deben imitarnos en esto?

El hecho es que van a reflejar muchas de nuestras actitudes y hábitos. El ejemplo es uno de los medios didácticos más importantes que hay. Queramos o no, la mente de niño no puede separar arbitrariamente lo que decimos de lo que hacemos. Por lo tanto, enseñemos benignidad, cortesía e interés sincero por los demás dando ejemplo de estas cosas.

Ayudemos al niño a desarrollar una actitud positiva y sana hacia la vida desarrollando este elemento en nuestra propia vida. Enseñémosle a ser honrado con nuestro ejemplo de honradez; cumplamos nuestra palabra y expliquemos la importancia de ello.

Enseñemos a nuestros hijos a respetar las leyes por medio del ejemplo y luego expliquémosles por qué son importantes las leyes y por qué debemos respetar la autoridad por nuestro propio bien.

Enseñémosles a apreciar la buena música, el arte y la literatura, incorporando estas cosas en nuestra propia vida y compartiéndolas con la familia.

Enseñémosles a amar a Dios y a apreciar los debidos valores bíblicos, haciendo de la enseñanza bíblica algo que rige nuestros actos cada día; enseñemos esto con entusiasmo.

En la crianza de los hijos nada es más importante que el ejemplo que damos. ¡Que este ejemplo sea bueno! ¡Que nuestros hijos fijen la mirada en Cristo, porque Él es primero en nuestra vida!

Inspiración y motivación

En cierto sentido, este punto queda parcialmente explicado en otras partes del presente artículo. Pero es tan importante que ahondaremos en él. El ejemplo, la enseñanza y las instrucciones de los padres, y ciertamente sus oraciones, contribuyen grandemente al éxito.

El general norteamericano Douglas MacArthur, en sus memorias explica que los nobles ideales y el ánimo constante de su madre contribuyeron a su éxito. Una y otra vez, en tiempos de crisis durante sus años de estudio y en el ejercicio de su carrera militar, su madre les decía: «Sé que eres capaz de hacerlo», o bien: «Sé que harás lo acertado».

El ánimo que pueden dar los padres es algo asombroso. Aprenda a manifestar su gusto por los talentos, las capacidades y las buenas cosas que sus hijos hagan. Hay que inspirarlos para que traten de ser uno de los mejores alumnos, músicos, deportistas o líderes de su curso. Hágales saber que confía en su capacidad para alcanzar el éxito, que ora por ellos, que los respalda, y que les ayudará en todo lo que pueda.

Debemos inspirar y motivar a nuestros hijos para que lean las grandes obras de la literatura acerca de hombres y mujeres que han tenido éxito. Motive a sus hijos para que escuchen buena música, para que aprecien lo mejor del arte y la literatura.

Cada persona tiene un increíble potencial humano. Los psicólogos dicen que la mayoría aprovecha apenas la décima parte de su capacidad total. Motivemos e inspiremos a nuestros hijos para que logren mucho más.



Ore por sus hijos

Todo padre normal ama a sus hijos, pero muchos se abstienen de hacer una de las cosas más sencillas y más importantes: orar por ellos.

Jesús dijo: «**Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá**» (Mateo 7:7).

Una de las cosas más importantes que podemos hacer por nuestros hijos es hablar con el Creador acerca de ellos. Orar en detalle como sólo un padre o una madre puede hacer, pidiendo protección, guía y éxito para nuestros hijos. Podemos orar sin egoísmo porque estamos pidiendo para dar a otra persona. Y podemos orar conociendo los problemas y las necesidades de nuestros hijos como ningún otro ser humano puede conocerlos.

Pidámosle a Dios que los ayude a tener una actitud correcta hacia Él, hacia nosotros como sus padres, y hacia el prójimo. Pidámosle que bendiga, proteja y guíe a nuestros hijos, que nos ayude a hacer nuestra parte con sabiduría y percepción, con valor, paciencia y amor, de manera que podamos formar mejor aquellas vidas preciosas que Él ha puesto en nuestras manos por unos cortísimos años.

¿Ha orado usted por sus hijos hoy? Es mejor que lo haga... ¡y pronto!

El sentido de familia

Una clave final para la educación de los hijos es desarrollar lo que llamamos el «sentido de familia». Desde la primera infancia los niños deben ver que la familia es la unidad más importante a la cual pertenecen. Debemos enseñarles que amen y respeten a sus hermanos. Fomentemos una profunda lealtad familiar, así como el deseo y el compromiso de ayudarles mutuamente a lo largo de la vida.

Es importante organizar frecuentes reuniones de familia, a las que asistirán los abuelos, los tíos, y otros parientes. Los hijos deben conocer sus «raíces». Cuando se reúna toda la familia tratemos de

hablar acerca de su historia, sus antecedentes, sus pruebas y triunfos, y las lecciones que cada uno ha aprendido.

Recuerdo vívidamente las narraciones de mi abuela sobre cómo el abuelo la había llevado a territorios despoblados y cómo aquellas zonas se fueron desarrollando.

Muchas veces escuché a mi padre y a mi tío describir su juventud, las experiencias que tuvieron, las peripecias que corrieron en Francia durante la Primera Guerra Mundial, las dificultades que hubieron de afrontar, y algunas de las lecciones que aprendieron.

Cuando en un hogar falta el padre o la madre, o si la familia vive lejos de sus parientes, puede ser más difícil crear este sentimiento de familia. En tales casos conviene que acudamos a amigos cercanos para llenar este vacío.

Cuando nuestros hijos crecen con el sentir de que pertenecen a algo, cuando comprenden que hay toda una familia que los ama, esa preciosa certeza enriquece su vida, fomenta su estabilidad emocional, les da confianza y la capacidad para dar y recibir amor.

Las generaciones por venir

Cuando los hijos crezcan y formen su propio hogar, querrán volver a casa con frecuencia para compartir con nosotros las alegrías y las virtudes



de la familia. Esto bien podrá ser una de nuestras máximas alegrías en la vida. Así, de generación en generación, la familia dará apoyo, protección, sabiduría, equilibrio y alegría, no sólo a nosotros sino a generaciones futuras.

Aun en esta era confundida y perturbada tratemos, con la ayuda de Dios, de dar a nuestros hijos esta herencia invaluable: la comprensión de lo que es pertenecer a una verdadera familia.

Pongamos en práctica en nuestro hogar estos principios de la crianza de los hijos. Ello precisará comprensión, paciencia y esfuerzo, pero las recompensas durarán toda nuestra vida y se extenderán a generaciones aún por nacer.

Notas personales

